



OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Revista

OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe · IEALC

ISSN 1853-2713

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/observatoriolatinoamericano/>

Volumen 3 · Número 2 (julio-diciembre, 2019)

“Hay que presentar la deliberación política en la pantalla”

Entrevista con Valerio Fuenzalida

Ezequiel Rivero

“Hay que presentar la deliberación política en la pantalla”¹

Entrevista con Valerio Fuenzalida

Ezequiel Rivero
CONICET / UNQ

Referente en estudios sobre televisión en América Latina, Valerio Fuenzalida se ha desempeñado como productor y jefe de estudios cualitativos en la Dirección de Programación de la Televisión Nacional de Chile. Actualmente es catedrático de la Facultad de Comunicaciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Autor, entre otros textos, de *Televisión y cultura cotidiana* (1997), *La televisión pública en América Latina* (2000), *Televisión abierta y audiencia en América Latina* (2002) y un gran número de capítulos de libros y artículos académicos sobre televisión pública, televisión e infancia y estudios de recepción.

En sus últimos textos usted habla sobre una televisión pública multicanal y multipantalla. ¿Cómo se imagina la forma de distribución de la TV pública de ahora en más?

Probablemente multiplataforma. Yo creo que hay que estar muy atento a la evolución de la tecnología porque hay cambios muy vertiginosos y probablemente la multiplataforma va a permitir un tipo de canales que ya no van a ser lineales, sino que dará al usuario más libertad para conectarse en el momento que quiera. Creo que los niños ya están acostumbrados a eso, los niños están viendo televisión no tanto en forma lineal sino a través de YouTube o Netflix. Entonces la idea de la multiplataforma y de la no linealidad yo creo que es algo que tecnológicamente te cambia el concepto de canal. Este canal que está aquí en la frecuencia tanto y que tiene una parrilla horaria fija empieza a desdibujarse. En el caso chileno esa es una de las cosas a las que, en mi opinión, Televisión Nacional (TVN) no prestó atención. Recién ahora escucho al actual presidente del Directorio hablar con esta terminología desafiante. Dicho esto, los cambios implican recursos económicos. Y eso entra en contradicción con el modelo de financiamiento de TVN basado en la publicidad, que yo creo ya es de otra época.

¹ Entrevista realizada el 11 de marzo de 2019 en la Facultad de Comunicación de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile. La última pregunta y respuesta fueron agregadas en noviembre de 2019 por intercambio vía correo electrónico.

¿Piensa que el modelo de financiamiento de la TV Pública en Chile debiera ser revisado?

Yo creo que sí; pero no habría que omitir totalmente la publicidad, pues si yo sigo manteniendo un canal generalista entonces es probable que pueda recibir publicidad. Los niños, por ejemplo, *deben* recibir publicidad sobre comida sana para ayudar a combatir la epidemia de la obesidad. En este punto no haría una decisión ideológica, sino más pragmática: para ciertos canales segmentados (información) yo diría que probablemente el financiamiento tendría que ser completamente público, en el caso de TVN podría haber un financiamiento mixto.

¿Cómo analiza la actual crisis que atraviesa la Televisión Nacional? ¿Podría reconocer su origen?

Yo podría situar el origen alrededor del año 2010. Es elocuente entonces la crisis de Televisión Nacional que pasó al cuarto lugar de sintonía después de haber estado en primer lugar por muchos años. Mi interpretación de la crisis es que fue el emergente de una lucha de poder. Una tensión entre la obligación de información plural que tiene el canal por mandato legal y el presidente Piñera. El Presidente estaba molesto porque creía que TVN estaba dando una cobertura muy amplia a las protestas estudiantiles en Chile. En ese momento por intermedio del presidente del Directorio de TVN, Piñera intenta modificar la línea editorial de canal, pero el Director ejecutivo de entonces se resiste a adoptar una línea pro-piñerista y propagandística del Gobierno. Eso fue insoportable para el presidente del Directorio que desde entonces se dedicó a intentar sacar al director ejecutivo desatando una lucha interna que fue absolutamente destructora para el canal.

Me llama la atención que estas tensiones entre el poder político, el directorio y los directores ejecutivos para abajo no son nuevas ni son exclusivas de épocas de crisis.

Sí, aun teniendo Televisión Nacional un estatuto que la protege bastante de la presión política ha habido varios casos en que esto ha ocurrido, y ha generado grandes problemas internos en la estación. Las luchas políticas afectan la cohesión interna, baja el ánimo creativo y el desánimo va permeando hacia el interior. Como consecuencia de una de las últimas luchas entre la conducción política y la gestión artística, el canal perdió completamente su área dramática, que se fue casi por completo a la competencia. Estas crisis tienen un potente poder destructor.

¿Este sistema de gobierno del canal, que sirvió durante la transición democrática para proteger al canal políticamente ha hecho crisis o continúa siendo útil?

El modelo está muy inspirado en la BBC en la búsqueda de un equilibrio político. El Presidente de la República nombra al presidente del Directorio y luego en acuerdo con el Senado a los demás directores que representan las distintas fuerzas políticas. Es por lo tanto un Directorio muy balanceado y el poder del presidente del Directorio para dirimir cuestiones es muy fuerte. Yo creo que los representantes de los partidos políticos tienen que tener una presencia en la televisión pública especialmente si se aspira a que sea masiva, pero ese modelo de gobierno hay que revisarlo, debería haber más representación y escucha de otros puntos de vista sociales. En los primeros directorios había profesionales, economistas, psicólogos, etc. de distinto pensamiento y filiación política. Pero que además de su simpatía política *aportaban la mirada desde sus saberes profesionales*. Yo creo que eso no se ha repetido posteriormente, y fueron los partidos políticos los que presionaron por tener personas que los representaran claramente a ellos. El Directorio de TVN fue capturado por los partidos políticos.

¿Le parece importante que los miembros del directorio entiendan la industria audiovisual?

Yo creo que es imprescindible. Los Directorios de los últimos diez años no tuvieron la sensibilidad para advertir los cambios tecnológicos que se venían. En ocasiones parecen estar mucho más cerca del día a día, del rating de la telenovela de ayer, pero carecen de una mirada de largo plazo. Tal vez no todos deben ser especialistas en televisión, pero por lo menos debería haber algunas personas con alta calificación y mirada a largo plazo de la evolución de la industria audiovisual. Por ejemplo, las relaciones cine televisión, o industrias creativas con la televisión, los cambios tecnológicos y las nuevas plataformas. Aquí también hay déficit de la Universidad que no ha alimentado a la televisión en general y a TVN en particular con investigaciones que vayan mostrando qué es lo que está pasando en otros países, y en otros canales públicos.

¿Piensa que el canal ha logrado sostener la ecuanimidad en términos editoriales, o ha adoptado un perfil más a tono con los oficialismos de cada momento?

Esa es una acusación permanente. Según el punto de vista siempre se señala que el canal tiene un punto de vista contrario. Cada vez que hay un cambio de Presidente se reclama

que Televisión Nacional ha hecho propaganda al Presidente anterior y a partir de eso se intentan justificar cambios.

El canal tiene algunos sistemas de medición que pueden ser perfectibles. Por ejemplo, hay un análisis mensual de la información política estrechamente ligada a partidos políticos, donde se compara la presencia de pantalla con el balance que hay en el Congreso. El canal trata que haya la mayor cercanía. Si un partido obtiene un 15 por ciento de presencia en el Congreso no podría tener una cifra muy distinta al 15 por ciento de pantalla. Ese es un criterio que en general convence a los políticos profesionales, pero es resistido por políticos que no están en la vida partidaria o que son extrapartidarios, y grupos emergentes que reclaman su lugar en la pantalla. Esa es una discusión política permanente y no solamente para televisión.

Usted ha dicho que la propia definición de televisión pública es una definición situada, económica y políticamente enmarcada. A partir de esa idea, ¿es posible justificar el uso gubernamental de los medios públicos en ciertos contextos sociopolíticos?

Creo que eso se da y justifica en ciertas situaciones de crisis. Por ejemplo, Chile ha tenido conflictos limítrofes que han llegado hasta el Tribunal de La Haya. En ciertos contextos en que el país toma una postura unánime y esa postura es vista como un bien nacional que hay que cautelar, entonces es inevitable que se refleje en la televisión. Una cosa distinta es el periodismo militante por causas en disputa política, yo desconfío mucho del periodismo militante. Creo en el periodismo a favor de la ciudadanía. Yo creo que en la discusión política hay que perfeccionar la democracia. No se trata de hacer periodismo militante sino de presentar las diferencias políticas en la pantalla; argumentar la deliberación política permite que las posturas tengan mucha más visibilidad y credibilidad para las audiencias. Yo tengo otra crítica muy fuerte al periodismo militante en América Latina. Creo que el periodismo militante y las estaciones de televisión militantes han protegido fuertemente la corrupción de algunos gobiernos en la región. Si el periodismo no informa acerca de la corrupción, y si hay un canal que oculta eso, fomenta la corrupción y eso le hace un daño muy grande al país.

Cuando asume Piñera en 2010, se escuchó a un parlamentario del oficialismo decir sobre el canal: “ahora nos toca a nosotros”. ¿Esa frase no colisiona con el armado institucional que dificultaría el uso partidario del canal?

Yo creo que ese imaginario es parte del ADN de muchos políticos. Muchos políticos piensan de esa manera y de todos los signos políticos. Para ellos es una anomalía que TVN tenga ese estatuto de autonomía. Es una anomalía qué podría ser justificada después de la dictadura pero ojalá hoy volviéramos a los buenos tiempos en que el gobierno de turno se apropia del canal como se apropia de un ministerio. Esa es la imagen de ellos: la política es poder. Y si en el canal existen esas protecciones es un lugar donde no pueden ejercer poder. Quiere decir que desde su óptica tradicional, políticamente la autonomía es anómala.

El hecho de que Piñera haya sido un empresario de medios antes de asumir como presidente ¿condicionó su mirada sobre la política en relación a TVN?

Piñera es un empresario y tiene esa mirada empresarial: esto es mío y por lo tanto yo mando y ordeno. Y yo quiero que se ejecute esto y lo otro. Él no ha sido un político, los políticos son más negociadores, los empresarios tienen más poder para mandar y hacer lo que quieran. Esa es su lógica.

¿Cuál es la vigencia del pensamiento de Antonio Pasquali sobre los requerimientos de autonomía frente al poder económico y político de los medios del estado?

Tengo la impresión de que esos principios fueron formulados muy abstraídamente de una empresa, de la gestión concreta de una empresa. A mí me parecían un poco abstractos. Yo creo que hay que construir una autonomía del poder político, pero hay que ser *interdependiente con el poder político* democrático porque finalmente es la política lo que te da una gobernanza democrática. Entonces tú no puedes vivir en una abstracción. ¿Cómo construyes autonomía e interdependencia? Yo creo que ese es el problema real. Ser autónomo absolutamente es vivir en el vacío. Cómo tú construyes autonomía del poder económico que te financia, llámese publicidad o dinero del Estado. Está bien la autonomía, pero si tú recibes plata del Estado, el Estado tiene mucho poder sobre ti y en algún momento ese poder puede ser ejercido. Por lo tanto *la realidad es autonomía e interdependencia* (NdR: énfasis agregado). Esos son los mecanismos que hay que idear y construir. Si tú tienes publicidad, ¿cómo eres autónomo y cómo te defiendas del poder de la corrupción?

Mencionaba antes la noción de periodismo a favor de la ciudadanía en contraposición a la idea de periodismo militante. ¿En qué consistiría?

Creo que hay que acoger cada vez más los problemas de las personas. Una de las acusaciones contra nuestros políticos es que se han oligarquizado, y hay muchos problemas muy graves de las personas que no se trabajan. En Chile la salud pública es desastrosa (se han creado listas de espera de enfermos graves: yo creo que son “listas de la muerte”), el precio altísimo de los medicamentos, la seguridad de las personas en sus barrios es pésima, las pensiones para los jubilados, y muchos otros. Estas cuestiones no se tocan. Los problemas prioritarios que aparecen en las encuestas no son las prioridades de los partidos políticos. Eso, en mi opinión, debe estar en televisión. Una televisión informativa tiene que acoger esos problemas ciudadanos. Una TV militante tiene el interés de sus controladores. La TV ciudadana acerca la política a la gente. Y eso hace que la gente vaya pensando y deliberando. La idea es que la ciudadanía se sienta reflejada en sus problemáticas y no únicamente por las agendas que fijan los parlamentarios. Esta socialdemocracia chilena es acusada de lo mismo que es acusada en Europa. “Ustedes (NdR: la clase política) tienen su agenda, una agenda más bien oligárquica, plutocrática, de poder y para conservar el poder”. En mi opinión aquí tiene su lugar la televisión pública, una televisión de la ciudadanía en donde esta gente, y sus problemas que no son asumidos por la clase política, se hagan presentes.

¿Cómo es la cobertura de los medios privados sobre la situación de la televisión pública?

Yo creo que hay un escrutinio político, sobre la línea editorial. Por lo demás, la prensa chilena importante es de derecha, El Mercurio y La Tercera son los medios dominantes y claramente tienen una postura de derecha. Yo creo que ellos nunca van a hablar contra una Televisión Nacional autónoma. Políticamente eso se acepta aunque no guste. Y se valora aunque no guste. Nadie quiere volver a una Televisión Nacional que se embandere políticamente. El ideal para ellos es que no exista Televisión Nacional. Esa es la idea, tal vez no confesada tan claramente. Sería políticamente incorrecto que alguien dijera eso y por lo tanto la gente de derecha no lo dice, pero lo anhela.

¿Cómo piensa el vínculo entre la Cultura y su presencia en la programación de la televisión pública?

Tener contenido cultural no es poner obras de teatro o ballet en pantalla. Creo que hay productos culturales como las telenovelas o las series que han sido sacadas del universo de la cultura a favor del cine o las obras de teatro que sí serían Cultura. Yo creo que hay cada vez más series realmente de culto y que transmiten cultura, y ponen en agenda temáticas concretas que conectan con las problemáticas de las audiencias. En este punto además hay que aprovechar las nuevas plataformas. Desde luego que no vamos a reemplazar la telenovela central por un programa cultural de nicho, pero un canal cultural debería existir: e internet y las nuevas plataformas pueden ser una alternativa para su distribución.

¿Qué evaluación realiza sobre la cobertura informativa que realizó la TV de las últimas protestas? Existió una denuncia de colusión entre los principales canales y el Gobierno.

Mi análisis es provisorio acerca de un evento en curso (que comenzó el 18 de octubre) con varios actores participantes; intento mostrar la evolución de la información en los medios tal como yo la percibo desde mi lugar de observación: la Universidad. Por tanto, se subraya la subjetividad del observador.

Yo creo que la TV y todos los medios chilenos fueron sorprendidos por *una protesta emocional con mucha rabia e indignación contra toda la clase política chilena*, por el abandono de los problemas concretos de la ciudadanía; por años se había constatado la percepción ciudadana de una clase política oligárquica que se preocupaba por mantener el poder y los privilegios. En las protestas no hubo banderas políticas *partidarias*; se quiso marchar contra la Casa de Gobierno y contra el Parlamento. No fue una protesta contra el Gobierno sino contra toda la clase política.

Los medios chilenos y la TV saben manejar eventos masivos como las catástrofes y terremotos, y las elecciones políticas generales. Por la experiencia, hay memoria acumulada acerca de procedimientos y protocolos de información; se conocen las agencias, autoridades y voceros a quienes pedir información. Pero no había experiencia en informar acerca de una enorme multitud indignada. Los medios el primer y segundo día solo atinaron a salir a reportear en terreno lo que estaba sucediendo; no había dirigentes a quienes entrevistar. Hubo una amplia multitud pacífica. Pero también hubo desmanes como incendios y saqueos que aparecen de modo impactante en la TV y fotografías.

Desde el segundo día, la TV comprendió que para interpretar este evento no bastaba el reportaje en terreno ni las entrevistas a indignados manifestantes; tampoco bastaba alimentarse de los comentarios en redes sociales ni de las imágenes audiovisuales de los smartphones. Hubo que recurrir a los géneros informativos del debate y la entrevista. Se puso en pantalla a políticos para interpretar el evento. Rápidamente se comprendió que los políticos no tenían credibilidad, pues la protesta iba contra ellos en conjunto. Comenzaron a aparecer en pantalla alcaldes que demostraron estar más cerca de los problemas reales y concretos de la ciudadanía. Esta presencia llevó a algunos políticos profesionales a efectuar una autocrítica por su ausencia de los problemas ciudadanos. Junto a las manifestaciones, esta autocrítica y el reconocimiento de la deuda político-social creó un ambiente para generar acuerdos del Gobierno (políticos ejecutivos) con la clase política deliberativa del Congreso. Sorprendentemente, grandes empresarios y asociaciones empresariales reconocieron su deuda socio-económica y manifestaron su voluntad de participar en soluciones. Hacia el final de la semana pasada (16-17 noviembre), los políticos de Gobierno y la mayoría de la oposición llegaron a un acuerdo en torno a una triple agenda: política para reformar la Constitución, social para abordar las necesidades ciudadanas, y de pacificación.

La agenda política conquistó la primacía y ella parece interesar prioritariamente a las élites dirigentes. En mi interpretación, la agenda social pasó a un segundo lugar y tiene mucho menos claridad y metas por lograr; los alcaldes también han pasado a un puesto secundario. Pero hay sectores ciudadanos que han sido marginados, en mi opinión, de los acuerdos y de la visibilidad: algunos gremios sociales (profesores, empleados públicos, grupos contra las agencias privadas de gestión de pensiones, y otros) pero también un grupo considerable de jóvenes que no trabajan ni estudian (se estima en más de 600 mil estos jóvenes llamados “ni ni”), y que no han presentado dirigentes ni voceros; ellos parecen haber optado por la informalidad e invisibilidad. El análisis de este aspecto es un aspecto por profundizar. Como hipótesis yo estimo que en el caso de los jóvenes “ni ni”, los medios y los políticos pudieron haberlos constituido en actores visibles, si los hubiesen rastreados y convocados a conversar.

Yo creo que los medios y la TV han exhibido la evolución ocurrida y han hecho progresivamente un espacio importante a la interpretación del estallido social, acerca del cual hubo cambios en su comprensión (de manifestaciones de delincuencia a manifestaciones justificadas; de negarse a conversar y luego construir acuerdos, por ejemplo). Muchos actores participantes en estos eventos reclaman que los puntos de vista de los medios sesgan la información. El CNTV y el Consejo de Ética de los medios de Comunicación han recibido cientos de quejas por la mala calidad de la información.

Algunos proponen una teoría de la conspiración. Ya se ha dicho anteriormente que en fuertes conflictos político-emocionales los medios habitualmente son acusados de no informar adecuadamente (es un lugar común juzgarlos de este modo, en mi opinión). La interpretación de muchos hechos sociales es una construcción elaborada a posteriori; no aparece inscrita en la primera mirada a los eventos sociales conflictivos y altamente emocionales. La catástrofe está inscrita en un terremoto o tsunami de la naturaleza; y se conoce el significado social de un hecho como las elecciones (bajo el supuesto que se han cumplido las reglas competitivas); posteriormente se analizarán las consecuencias y las carencias previas. Pero en estallidos sociales inesperados y de gran conmoción a menudo es muy compleja e incierta la interpretación.

Hubo reclamos porque la TV informaba más bien de robos, saqueos, e incendios; ciertamente esas imágenes visuales son muy impactantes. Pero también se reclamó airadamente porque la TV hablaba de manifestaciones pacíficas mientras la otra mitad de la pantalla mostraba saqueos e incendios de gran intensidad. Los manifestantes acusan por los medios las violaciones a los DDHH por parte de las fuerzas de orden; agencias nacionales e internacionales de DDHH han hecho un importante trabajo de observación y denuncia, en especial por los graves heridos por los balines de Carabineros, frente a los cuales se reaccionó muy tardíamente para prohibirlos. Pero la destrucción e incendios no solo afectó a “agencias simbólicas” de la protesta sino a cientos de pequeños artesanos y emprendedores; en mi opinión este aspecto se enuncia con cifras abstractas y se ha minimizado el impacto personal y existencial. Los saqueos e incendios han sido proclamados inexistentes en las redes sociales, y también han sido reconocidos pero atribuidos a montajes del Gobierno. Estas discrepancias son interpretaciones emocionales, que no cambian con respuestas racionales.

Parte importante de la información circula hoy por redes sociales, con importante presencia de “fake news”. El diario La Tercera informa diariamente de “fake news” connotadas. Los comentarios a la información en diarios digitales a menudo son ofensas, descalificación, insultos groseros. José M. Piquer de la Universidad de Chile estima que el efecto distorsionador de las redes ha sido acotado. “De hecho, me parece que la televisión abierta ha sido un factor de influencia en el estado de ánimo de la gente más importante que Internet” (El Mercurio, 21 noviembre, p.4).

La colusión para engañar del Gobierno con medios de comunicación es también otra de las hipótesis conspirativas, que circula en redes sociales. El Gobierno tendría un poder omnipotente para imponer su interpretación a toda la TV, a todas las radioemisoras, a toda la prensa, y a todos los partidos políticos... Este es otro campo en que la interpretación está fuertemente influida por las emociones y adhesiones políticas de los opinantes. Las

interpretaciones no brotan solo de los acontecimientos sino de las simpatías previas de los interpretantes.

Bajo la dura dictadura militar, los directivos y editores de los medios chilenos, en mi opinión, aprendieron varias lecciones. Primero que un medio es importante cuando la autoridad política lo llama para “conversar”; los medios sin influencia rara vez son considerados en estas convocatorias. Ser convocado es un reconocimiento a la importancia de un medio.

También la etapa previa a la dictadura chilena enseñó la necesidad de conversar la interpretación del acontecer político-cultural. La cultura más reciente ha internalizado el principio de incertidumbre en lugar de los relatos infalibles. Eso significa relativizar, como hipótesis mínima, la propia convicción y aceptar conversar con otro punto de vista. Los estallidos de indignación social son provocados por no escuchar los puntos de vista, y las necesidades y carencias de otros. Los directivos y editores de los medios han aprendido a escuchar manteniendo sus percepciones diferentes. Profesionalmente ha adquirido vigencia la mirada desde un principio editorial combinada con una visión de 360°, en lugar de la mirada unilateral con certeza religiosa infalible.

Ello ha llevado a aceptar invitaciones de poderes políticos, militares, empresariales, religiosos, y fácticos; ellos son ahora evaluados con cierto escepticismo en su capacidad de infligir daños o desprestigio si el medio no se pliega a otras opiniones e interpretaciones. Se aprendió el arte de escuchar, callar y rumiar, para encontrar el camino de mantener la propia interpretación evadiendo las amenazas.

Yo tuve la oportunidad de investigar durante la dictadura la recepción por parte de las audiencias, en un ambiente medial con una TV totalmente controlada por la dictadura, la prensa opositora silenciada, y apenas con dos radios disidentes. La investigación se realizó en ambientes urbanos y rurales, con jóvenes y adultos, hombres y mujeres. Las audiencias diferenciaban claramente los géneros de entretenimiento televisiva de los espacios informativos sin credibilidad. Las audiencias no estaban vacías culturalmente: las redes sociales de adhesión política se mantuvieron y crecieron en influencia boca a boca; las radios disidentes tenían sintonía mayoritaria y alta credibilidad; algunas escasas publicaciones escritas tuvieron una enorme lectoría por la circulación mano a mano. La dictadura en Chile se equivocó suponiendo que el control de los medios produciría una conversión de la audiencia hacia la ideología hegemónica. La mayoría de los actuales políticos en Chile siguen teniendo estas ideas anticuadas acerca de la influencia de los medios. Pero los medios en el ambiente actual no tienen un poder persuasivo omnipotente sobre las audiencias. Los políticos y gobiernos en democracia (con muchas

imperfecciones) pero con multiplicidad de medios y redes sociales activas deben convencer a las audiencias para obtener su adhesión. Si no convencen, la política no genera credibilidad ni confianza en la capacidad de construcción social, la audiencia no apoya a los políticos y no concurre a votar. Y vienen los estallidos de indignación.